

**REFLEXIONES SOBRE LA PROVIDENCIA DE DIOS
Y SU ACTIVIDAD EN LA HISTORIA**
por **Emilio G. Chávez**¹

Introducción

En este ensayo pretendemos hacer algunas reflexiones sobre cómo Dios actúa en nuestras vidas y, en un plano mucho mayor, en la historia humana. Para esto, es necesario repasar una serie de temas teológicos, tales como: la naturaleza de Dios; la naturaleza del universo y de los acontecimientos que ocurren en él; la naturaleza de las actividades de Dios; la naturaleza de nuestra salvación; y, finalmente, la naturaleza de nuestro discernimiento y juicios acerca de estas mismas cosas.

La naturaleza de Dios

Dios es “espíritu,” y como tal, sólo puede ser conocido por nosotros analógicamente, es decir, sólo podemos imaginarnos o concebir cómo Dios es y actúa haciendo referencia a lo que hemos percibidos en el mundo natural. Creemos que Dios existe, que “Él” es todopoderoso, omnisciente, un Ser amoroso. Pero hemos progresivamente, en nuestra historia humana, despojado a Dios de antropomorfismos. Ya no hablamos de él dándose paseos por el Jardín de Edén, ni desplegando su brazo o humeando por la nariz o descuajando cedros con su voz majestuosa. Pero seguimos creyendo que Él actúa en nuestras vidas y en el universo. ¿Cómo se debe entender esto, ahora en cuanto la naturaleza de Dios?

La respuesta sencilla es que realmente no sabemos. Es importante darse cuenta de este hecho “apofático.” Sabeos mucho —no todo, en absoluto— acerca de cómo funciona el universo. Éste es cada vez más accesible a nuestras investigaciones científicas. A medida que nos metemos más profundamente en el mundo subatómico, o nos lanzamos más lejos en el espacio, muchas veces nos sorprende la profundidad de los secretos de la naturaleza, lo amplio e inescrutable que es, y a menudo nuevos descubrimientos y maneras de entender los fenómenos naturales nos

¹ Este ensayo se escribió en inglés en el verano de 1997 en Roma, y se publicó en 2011 en *Seat of Wisdom*, y ahora lo traduce el autor (con algunos cambios que naturalmente se hacen al repasar un escrito para una nueva publicación) con permiso de *Seat of Wisdom*.

sorprenden. No podemos decir que ha habido un cambio cualitativo en las posibilidades de la investigación científica en los últimos siglos, es decir, sabemos más, hacemos ciencia de modo diferente, pero no tenemos una capacidad cualitativamente diferente de entender los secretos del universo que la que tuvo Galileo o Newton o Einstein. Sus teorías han sido modificadas, y en algunos casos se ha mostrado que están equivocadas. Lo que sabemos hoy podrá parecer pintoresco (*quaint*) en unos años.

No sabemos cómo actúa el espíritu sobre la materia. Creemos que Dios creó el mundo. A lo mejor hizo estallar el Big Bang. Cómo creó la materia *ex nihilo* no lo podemos imaginar. Dios mantiene el universo, pero no sabemos cómo. San Agustín, en *De Trinitate*, y quizá otros antes que él, habla de la absoluta simplicidad de Dios cuando conoce, actúa, ama, etc. Dios no discurre, su amor no es cosa distinta que su saber, etc. Esto tiene sentido, y parecer ser un “buen comienzo.” Pero debemos hacer hincapié en que aun esta imagen purista es sólo eso, un esfuerzo humano de conocer la naturaleza de Dios. A fin de cuentas, debemos resignarnos a hablar de Dios según lo que nos dice la Sagrada Escritura y lo que enseña la Iglesia, y lo que los teólogos han reflexionado basado en nuestra experiencia, y sistematizar todo esto para poder presentar un cuadro de valor acerca de Dios y su actividad (las dos cosas no se pueden separar). Pero, análogamente a nuestra indagación natural, y aun mucho más, hay muchas cosas acerca de Dios que no sabemos ni podemos saber.

En la naturaleza, sólo estamos en el comienzo, creo, de darnos cuenta que el pensamiento y la comunicación son algo misterioso, de modo que lo que se ha llamado telepatía puede existir, y puede que haya formas de comunicación, de intuición, de conocer, que desafían las leyes naturales tal como las entendemos de manera puramente “materialista.” En el campo de la medicina, apenas comenzamos a sintetizar nuestros conceptos de la interrelación entre mente y cuerpo. El Oriente tiene una abundancia de conocimientos acerca de esto, mientras que el Occidente ha cultivado la medicina “moderna.” Contemporáneos nuestros como Deepak Chopra, que domina ambos mundos, nos están explican esta interrelación de maneras nuevas. Los místicos orientales por mucho tiempo nos han asombrado con sus demostraciones de las posibilidades de “la mente dominando al cuerpo” (*mind over body*), estando sin respirar o decelerando su metabolismo, etc. Así que aun en el mundo material, y en el universo, tan “exhaustivamente” estudiado por nosotros los modernos, siempre hay nuevas sorpresas.

En cuanto a Dios, sigue habiendo preguntas como “Por qué Dios no da paro al sufrimiento de los inocentes,” que supone que Dios pudiera hacerlo. Y ¿por qué Dios a veces hace un milagro y a veces no, en circunstancias que para nosotros son indistinguibles? Nuestra oración, ¿tiene un efecto sobre Dios, cambia lo que Él tenía intención de hacer o no hacer? ¿Nos castiga Dios en esta vida? ¿Nos premia? Si Él quiere que seamos salvos, ¿qué efecto práctico tiene esto sobre sus acciones, y sobre nosotros, y sobre nuestro libre albedrío?

Los teólogos “del proceso,” los que hacen o hacían el *process theology*, han hablado de Dios como otro sufriente que sólo nos acompaña (*a fellow-sufferer*). Esto puede ser parte de un concepto de Dios como ser que está él mismo “en proceso,” aún no acabado, al menos en cuanto tiene que ver con nosotros. Es decir, “Dios” es una idea que se refiere más a lo que somos y pensamos nosotros que a cualquier realidad que está fuera de nosotros. ¿Tiene sentido hablar de Dios como algo o alguien que está “en proceso”? La pregunta detrás de esto en verdad es, ¿cómo es Dios, cuál es la naturaleza de Dios?

Nuestra fe cristiana habla absolutamente de Dios como omnipotente. Pero le ponemos límites a esta omnipotencia: Dios no puede hacer un círculo cuadrado. Podríamos entonces decir que Dios puede hacer cualquier cosa que es *lógicamente* posible, y así de alguna manera cualificar su omnipotencia. Decimos, Dios suele respetar las leyes naturales, y no interviene directamente (“milagrosamente”) excepto en algunas circunstancias: para mostrar su misericordia, como signo salvífico, para convertir a una persona con un destino particular, etc. Este tipo de pensamiento tiene la ventaja de dejar bien poco determinado e impredecible lo que Dios hace o no hace en un caso específico; pero yo lo tacho como un pensar que asume de manera demasiado fácil que sabemos como Dios actúa *la mayoría* de las veces. Yo acepto la creencia cristiana que Dios es omnipotente, que quiere decir que puede hacerlo todo, “todo lo que quiere.” Pero prefiero considerar esta aseveración, dogma y creencia como algo que tiene que ver más con nosotros, con nuestra manera de vivir y creer, que con la naturaleza real e incognoscible de Dios. Es decir, debemos creer que Dios lo puede hacer todo, y debemos tener una confianza absoluta en su poder para salvarnos. Pero es irrelevante, académico y pueril hablar de Dios como el que hace algo extraño o extravagante para manifestar su omnipotencia. No creo que jamás vamos a ver a Dios hacer algún “truco” realmente vistoso de magia. Yo no sé si el sol bailó en Fátima o Medjugorje, o si los rosarios han cambiado de color es ese lugar. Puedo realmente creer que Dios ha sanado, a través de la intercesión de la Virgen María, a alguien con

cáncer, o que ha hecho que un desastre financiero terminara bien. Pero lo “extraño” es lo “natural” que todo parecía en lo que ocurrió; pueda que sea inexplicable, pero nunca sucedió delante de los ojos de nadie de manera que prescindiera de la fe (aunque hay casos en que la induce fuertemente). Aun si el sol “bailó,” esto es susceptible de alguna explicación natural, y tiene una importancia limitada; de otro modo, todo el mundo se hubiera convertido. No, lo que tenemos en estos casos son momentos especiales que son particularmente susceptibles a una interpretación de fe: “ahí estaba el dedo de Dios.”

Si yo creo que Dios creó el universo de la nada, y que lo mantiene por “su Palabra,” entonces yo creo que Él es capaz de hacer con él lo que quiera. Creeré que Dios está detrás de todo lo que sucede, misteriosamente “respetando” las leyes de la naturaleza y aun más misteriosamente arreglándolas para conducirnos y guíanos por nuestro camino de salvación. El gran variable es nuestra fe y nuestro discernimiento: lo que alguien que medita acerca de Dios y su providencia y actividad in su vida “descubrirá” es muy diferente de lo que alguien sin fe no descubrirá. Y lo que se “descubre” pueda variar de individuo a individuo y de un momento a otro, y pueda que no corresponda muy bien a lo que Dios ha “hecho” de hecho. Pero este individuo que medita hace bien en atender a la “posible” actividad de Dios en su vida y en su mundo, porque entonces ejercita su fe en el Dios de la historia de salvación, el Dios bíblico, el Padre de Jesús. Lo importante entonces es ver cómo esta creencia en un Dios que actúa para salvar afecta al creyente, y no con cuánta precisión la creencia corresponde con lo que de hecho es la naturaleza y actividad de Dios. Así que, ¿con qué nos quedamos, qué sacamos en limpio en cuanto a esto?

Algunos hechos salvíficos prototípicos que se narran en la Biblia son básicamente elementos esenciales de nuestra fe: el arca que salvó a Noé, el paso por el Mar Rojo, quizá algunas batallas en la historia de Israel y el regreso del exilio, ciertamente la muerte de Jesús en la cruz, un evento claramente histórico, pero ¿qué tuvo de milagroso?² Y entonces tenemos su resurrección, pero ésta no es “histórica” en el sentido de ser pública. Se requería fe, y, en todo caso, es del tipo de milagro no-ostentoso, a través del cual quizá muchos fueron inducidos a

² No es “milagroso” porque, estrictamente, no es una maravilla natural que viene a ser una excepción al curso natural de la naturaleza, aunque el modo de morir de Jesús fue sorprendente y convenció al centurión del ser excepcional que era Jesús (cf. también Gál 3:1), y la Carta a Los Hebreos (9:14) atribuye la oferta que Jesús hizo de sí mismo al “Espíritu Eterno.”

creer, pero, de nuevo, no pudo de por sí convertir al mundo. Es aún otra de las actividades escondidas del Dios escondido.

Nuestra fe tradicional también habla de Dios como un ser que deja ciertas cosas quedarse como están, o que cambia otras, según lo que más nos conviene, para nuestra salvación. Debemos esperar lo mejor, que venga la curación, tengamos éxito, etc. (algunos ni admiten esto). Pero debemos a fin de cuentas resignarnos a lo que en última instancia es la voluntad de Dios. Así oró Jesús, en Getsemaní. Está claro que nosotros los humanos, también Jesús, nos estremecemos al pensar del sufrimiento, y queremos cosas buenas, a veces muy especialmente por seres queridos, niñitos pequeños, un padre con enfermedad terminal que necesitamos, etc. En estos casos le regamos a Dios que cambie el desenlace trágico que vemos acercarse. ¿Qué nos dice esto de la naturaleza de Dios?

Muy poco. Sí nos dice que huimos del sufrimiento y queremos éxito, y que a veces evitamos aquél y obtenemos éste después de rogar (que también sabemos puede tener un poderoso efecto sobre cómo nos sentimos y actuamos y sanamos etc.). También indica que Dios, con o sin nuestra oración, puede a veces ser discernido por nosotros como resultado de una sanación milagrosa o un cambio repentino en los acontecimientos. Pero yo creo que esto, de nuevo, se refiere más a nosotros que a Dios. *Nosotros* percibimos a Dios más claramente, estando en esos momentos en una mejor disposición para ello. Pero ¿ha actuado Dios de modo diferente? No creo que podamos saberlo, y tendría tan poca base decir que sabemos que Él ha actuado de modo especial como decir que sabemos que no ha actuado así. San Juan de la Cruz probablemente diría que debemos poner la atención en el Dios eterno y olvidarnos de sus milagros, y sólo tener esa fe oscura, desnuda, sin apoyos. Esto puede parecer extreme o inhumano –Jesús no parece haber leído *La noche oscura del alma*—y “exagerado,” como me dijo una vez un carmelita descalzo al leer la obra del doctor místico. Pero sí corresponde a la *esencia última* de nuestra fe: lo que importa es nuestra salvación, todos moriremos y posiblemente sufriremos mucho antes. Lo que debemos pedir en la oración es que siempre estemos cerca de Dios y, si el alivio del sufrimiento nos ayuda para esto, podemos estar seguros que Dios aliviará nuestro sufrimiento. Pero no debemos esperar poder lograr un cambio en Dios; esto pienso es presunción, una falta de reverencia. O ¿lo es? dado que Jesús mismo le pidió al Padre que “le quitara” la copa de la Pasión? Bueno, no fue presuntuoso en el caso de Jesús: él no busco cambiar a Dios: expresó sinceramente su resistencia natural a la expectativa del terrible

padecimiento que le aguardaba; pero la voluntad de Dios era lo que importaba. Está bien que expresemos nuestros deseos; es otra cosa ponerlos por encima del plan de Dios. Y debemos sintonizarnos para descubrir cuál es el plan de Dios y obedecerlo con gozo, y no querer cambiar lo que pueda ser el plan de Dios. Darse cuenta de esto da lugar a un cambio real en nuestra actitud a los acontecimientos de la vida, y hacia Dios. Lo ponemos en primer lugar, en y por sí mismo, y no como proveedor o taumaturgo, sino como salvador. Pero ¿salvador de qué? Este es el siguiente tema.

Resumiendo, podemos decir muy poco acerca de la naturaleza de Dios a través de sus “hechos” en la historia, más allá del hecho que creó el universo y se supone puede hacer lo que quiera. Ahora será evidente que al centrarnos en Dios como salvador sacaremos más fruto en nuestro esfuerzo para descubrir cómo Dios “obra” en nuestras vidas y en la historia.

La naturaleza de nuestra salvación

Las acciones de Dios, en cuanto nos conciernen o según las podemos discernir, tiene que ver con nuestra salvación: se encaminan a promoverla. ¿Qué se quiere decir con la palabra “salvación”? Venimos al mundo –nuestra existencia es el presupuesto de nuestra salvación—y morimos, terminando nuestra “gestación” (en el sentido no sólo de nuestro desarrollo, sino de nuestra “gestión,” es decir, de nuestra actividad). Nuestra salvación consiste, teológica y teleológicamente, en sus términos más sencillos y esenciales, en estar con Dios. Estamos o somos salvos si permanecemos con Dios en la eternidad. La vida eterna se define en el Cuarto Evangelio (Jn 17:3) como “conocer al único Dios verdadero y al que Él ha enviado, Jesucristo.” “conocer,” en el sentido bíblico, quiere decir tener familiaridad íntima con alguien. Éticamente y ontológicamente, ¿qué quiere decir “conocer” a Dios y a Jesucristo? Quiere decir responder adecuadamente a ellos, es decir, aceptar su invitación a estar con ellos en términos de gran intimidad familiar. Esto sólo puede darse, claro está, en proporción a lo que nuestro conocimiento y capacidad nos permiten lograr respecto a esto. Somos creados a imagen de Dios. Esto quiere decir que somos libres de amar o no amar. El amor, por definición y por esencia, es un acto libre, o no es amor. La salvación entonces viene a ser una capacidad para dar una respuesta adecuada de amor, o puede definirse como ese estado o condición en el que tal respuesta se puede dar de manera adecuada. Sin esta “cooperación” de parte nuestra, sin nuestra

respuesta, por muy humilde y finita que sea, a la invitación de Dios, no podemos entrar en esa relación de conocimiento bíblico con Dios que es lo que constituye nuestra salvación. La invitación no obra automáticamente la aceptación; la aceptación debe ser libre, es decir, debe ser un acto humano de respuesta a la invitación a tener esta relación. Sólo en esos casos en que no es posible dar esta respuesta (caos de imbecilidad extrema, o el caso de los recién nacidos), se puede prescindir de la respuesta. Entonces nos confrontamos con el tema de qué experiencia de Dios, o qué relación con Dios, pueden tener estas personas, y debemos responder que en la “regeneración,”³ ¿quién sabe las maravillas que Dios podrá llevar a cabo?

Nuestro crecimiento, pues, en esta capacidad de ofrecerle una respuesta amorosa a Dios – y, inseparablemente, a nuestro “prójimo”—consiste en nuestro “operar, lograr, llevar a cabo” (el verbo griego es *katergázomai*) nuestra salvación, lo que nos dice san Pablo en Filipenses 2:12. Nuestra vida es un camino en este crecer, a medida que nos vamos transformando más y más en la imagen –la “gloria”—de Dios, que es Espíritu. Cf. 2 Corintios 3:18. Tal es el impulso intrínseco, el *télos*, al que tendemos por naturaleza –al menos, la naturaleza renacida en el bautismo. Podemos frustrar esta tendencia, cuyo cumplimiento es deseado, pero no forzado, por Dios. La providencia divina, y otras actividades (¡si las hay!) están orientadas hacia facilitar esta respuesta amorosa de nuestra parte, lo que nos salva (= nos pone en relación íntima con Dios).

La naturaleza de la Providencia de Dios

Se pudiera pensar que he escrito que todo lo que sucede en el mundo es el resultado de la divina providencia, y en términos generales lo es, pero esto le quitaría a la palabra “providencia” su especificidad. Sería más correcto hablar entonces de que Dios “mantiene” al mundo en su curso. Decimos que algo es “providencial” cuando reconocemos en él una instancia especial de la intervención solícita de Dios. El ejemplo prototípico es Abraham encontrando el ternero que se necesitaba para el sacrificio que iba a ser su hijo Isaac. Abraham confió en que Dios “proveería” el animal para el sacrificio; cf. Gén 22. La palabra hebrea significa “ver, mirar;” “proveer” viene del latín “ver adelante.” Y de buenas a primeras, he aquí que “por casualidad” estaba un ternero cogido por los cuernos justo cuando el ángel impidió que Abraham ofreciera a su hijo; Abraham le da a la montaña el nombre de “El Señor proveerá.”

³ Cf. Mt 19:28.

La providencia de Dios tiene que verse, y de hecho sólo puede reconocerse, en el contexto de una fe que busca discernir un plan divino para nuestra vida. Nacemos, moriremos, y Dios quiere que seamos salvos mediante el conocerlo y encontrando esperanza, fuerza y amor en Él. Se nos da la vida, alguna cantidad de salud y compañía humana y cuidado, educación y una variedad de experiencias que nos forman como personas. El resultado final de esto, cuando hemos tenido la oportunidad de examinarlo, comprenderlo y asimilarlo, es un cierto grado de autoconocimiento de nuestros talentos, limitaciones e inclinaciones. Debemos discernir lo que debemos hacer con nuestra vida. Las oportunidades que se nos presentan pueden ser muchas o pocas, pueden requerir creatividad, previsión, imaginación y valor para inventarlas. Se puede decir que cada persona tiene una vocación. Puede que no tenga que ver con un trabajo, o si esto, sólo de manera tangencial; pocos glorificarían el trabajo de un barrendero como una vocación, pero puede serlo: se puede llevar a cabo con un sano orgullo, y más importante aún, se puede ver en el contexto mayor de rendir un servicio útil y remunerado para proveer por la familia, y por uno mismo, para entonces poder cumplir con otros roles y hacer otras actividades. Nuestra vocación general, universal –“llamado”—es ir a Dios. Cómo llegamos puede tomar formas muy diferentes.

Como seres humanos, visualizamos dónde queremos ir. Para el cristiano, esto debe estar de acuerdo con –realmente, *ser una respuesta a*—el plan de Dios. Esta visión es el resultado de nuestra evaluación de nuestra situación y condición, con sus posibilidades y limitaciones, pero más importante aún, hacemos nuestra evaluación con un impulso interior hacia un estado, un trabajo y una actividad. Si nos sentimos llamados al matrimonio, necesitamos encontrar una pareja. Si sentimos el llamado al sacerdocio o a la vida religiosa, necesitamos discernir y encontrar las oportunidades justas; si nos sentimos llamados a ejercer alguna profesión, tenemos que poder desarrollar las necesarias capacidades, etc. Es el contexto de esta visión, con todas sus partes que la componen, que discernimos la providencia de Dios. A veces podemos ver esta providencia precisamente en que Dios nos indica qué tipo de visión debemos tener. La pregunta sigue en pie: ¿cómo discernimos que se trata de la providencia de Dios?

En el caso de Abraham, fue sencillo (encontró un ternero, sabía qué hacer con él, y atribuyó el hecho de encontrarlo a Dios), aunque su situación era devastadora. Había estado listo para sacrificar a su único hijo amado, el hijo de la promesa, y el ángel lo previno. Después, era fácil ver la mano de Dios como la que proveyó el ternero justo cuando se necesitaba. Del mismo

modo, la persona de fe siempre tiene los ojos abiertos para ver la mano de Dios. Vive en la esperanza de ser salvado, de que se cumpla el plan y la misión para lo cual fue creado. Y se resuelve a hacerlo, lo mejor que pueda. Toma decisiones, a veces simplemente basadas en la fe y convicciones internas, y no en fríos cálculos acerca de las posibilidades humanas. A medida que trata de efectuar este plan (divino), se topa con obstáculos. Ruega que Dios remueva los obstáculos, que allane el camino y haga posible lo que ‘es imposible para los humanos’. En estos momentos reconocerá la divina providencia, y clara está, ésta estará íntima e inextricablemente relacionada con el cumplimiento de su plan de salvación.

De este modo, el concepto de la providencia de Dios no tiene sentido y es irrelevante fuera de una concepción de la historia de salvación personal y universal. “Todas las cosas” entonces serán vistas como “obrando juntas” (verbo griego *synergéō*) “para los que aman a Dios, los que son llamados según su *próthesis*. Romanos 8:28. Esta última palabra literalmente es “lo que se pon ante,” y significa “plan, propósito, resolución, voluntad.” Nuestra visión de su plan nos guía en nuestro discernimiento de su providencia, e instancias de su providencia tal como las percibimos o creemos en ellas a su vez pueden cambiar y recomponer nuestra visión de su plan. Y así sucedió en la historia bíblica.

La concepción temprana israelita de lo que constituía una buena vida era la de poseer tierra en paz, vivir una vida larga y dejar descendientes. Sus experiencias con otros pueblos, a medida que se asentaron, los llevó a desear un rey, no sin quejas y protestas proféticas. Concebir de la propia nación como un reino conllevaba ciertos elementos que daban mal augurio: una corte, impuestos, conquistas, guerras, derrotas, etc. Y así tenemos una historia de Israel llena de amenazas continuas, que terminó en la destrucción y desaparición del reino del norte y después el exilio en Babilonia para el reino de Judá. Lo que volvió del exilio era un pueblo reducido y pobre, ese “resto” del que habla, entre otros, Sofonías 3:12-13, y cuyo apoyo era el nombre del Señor. Sus experiencias lo llevaron a la transformación de muchas de sus nociones, hasta que la cruel persecución bajo los seléucidas los llevaron a elaborar la creencia en la resurrección de los muertos y un juicio final, universal. Hacia la época del cambio de eras, gente religiosa como los “Esenios” fueron al desierto a “preparar el camino del Señor,” llevando una vida de gran sacrificio y piedad. Las cosas habían cambiado mucho desde los días de Abraham, Moisés y David.

¿Qué estaba sucediendo? Estar con Dios se estimaba como lo más importante, aunque aún con esperanzas “mundanas”: los Esenios y, de hecho, el cristianismo más primitivo, concebían del Reino de Dios en términos concretos, casi “materialista.” Pero las imágenes no deben engañar: lo esencial es en última instancia lo que el visionario profeta Juan ve, “el cielo nuevo y la tierra nueva,” Ap 21. Lo que importa es Dios, Dios con su pueblo, lo que sin duda comporta el que todas las lágrimas sean enjugadas. Lo que entonces tenemos es esa unión, esa “mezcla,” entre espíritu y carne que Dios creó desde el principio. Seguimos siendo humanos, con la necesidad de imaginarnos aun las cosas espirituales en términos terrestres, pero capaces de esperar tener una verdadera comunión con Dios. Es hacia esta meta de “toda la creación” (cf. Rom 8) a la que se orienta la providencia de Dios. La descubrimos a medida que oramos en el Espíritu por la gracia de poder responder de manera fiel, sabia y valerosa al plan de Dios.

A este punto, podemos definir la “providencia de Dios” como los dones especiales que Él nos da para capacitarnos para cumplir nuestra vocación o misión específica en la vida. Son claras señales de su presencia amorosa y todopoderosa, y cumplen la importantísima función de mostrarnos su amor. Nuestra experiencia de su amor es el factor más importante para nuestra salvación, y el don más grande que Dios nos da. Tal como la persona que ama a alguien puede fácilmente discernir y darse cuenta de cuando su amado ha dejado detrás un seño de su amor y cuidado—a veces sólo por imaginarse que así es—así el creyente discierne la presencia ubicua de Dios. Puede hasta concebirla en términos de ángeles custodios. Esta experiencia del cuidado y poder de Dios nos ayuda a cumplir su plan y es un poderoso “recurso” psicológico que nos ayuda a tener éxito.

La naturaleza de la actividad en el mundo

Ahora estamos en mejor posición para retomar la pregunta acerca de la naturaleza de la actividad de Dios en el mundo; específicamente, si hace “milagros,” y cómo podemos describir y explicarlos. Dijimos anteriormente que, según la constante creencia judeo-cristiana, Dios como creador puede hacer “cualquier cosa que quiera.” Pero ¿por qué parece que actúa en modos todos siempre susceptibles de interpretaciones incrédulas? La respuesta clara es que Dios no se digna “dar muestras” (en inglés, *give a performance*, como de algo teatral) o “lucirse” para nadie

(¡aunque el libro del Éxodo está lleno de prodigios cuyo fin es que sean bien vistos!, y esto se dice explícitamente, Éx 4:4-9; 19:9 son sólo dos ejemplos). Estamos acostumbrados al “Dios escondido.”⁴ El diablo trató de que Jesús pusiera Dios a la prueba (cf. Mt 4:5-7). Jesús mismo dijo que su Padre podía enviar “más de doce legiones de ángeles” para impedir su arresto y pasión (cf. Mt 26:53). Podemos entonces por lo menos decir que Dios probablemente nunca hace un milagro “ostentoso.”

Pero ¿qué de los milagros “no ostentosos”? La fe y tradición cristianas están llenas de ellos. Los Evangelios atribuyen muchos a Jesús. ¿No fue la resucitación de Lázaro, muerto ya de cuatro días, algo “obvio,” si no ostentoso? Bueno, sí extiende los límites de nuestra imaginación, pero, con todo, es también el tipo de suceso que quizá puede prestarse a interpretaciones incrédulas. De otro modo, ¿no hubieran también creído todos los fariseos? Por “no ostentoso” quiero decir que “requiere fe porque de por sí no constituye prueba absoluta.”

Debemos pensar de la actividad de Dios como algo que tiene lugar dentro de los confines naturales del universo que Él ha creado. Nunca queda suspendido nuestro estado como creaturas. Debemos estar sujetos a los sufrimientos y limitaciones de nuestra naturaleza material y humana. El deseo de ser super-humano, de escapar de estas limitaciones, es precisamente lo que llevó a pecar a los primeros seres humanos, con ese orgullo desobediente que quiso ser como Dios. El autor sagrado nos pinta un cuadro de un origen humano en el que las cosas no estaban tan mal; de hecho, era un paraíso, pero aun así, había barreras que no se podían cruzar. Es como si Dios dijera, que los seres humanos vivan en paz y bienestar, si tan sólo recordaran sus límites humanos y me obedecieran. Una vez que desobedecieron, entonces todos los “castigos” servirían para constantemente recordarles que no eran dioses. Cuando Dios expulsó a Adam y Eva del Jardín, debió estar irónicamente riéndose por debajo (en inglés, *chuckling*), mientras decía “He aquí que Adam se ha vuelto como uno de nosotros, conocedor del bien y del mal” (Gén 3:24).⁵ Acerca de la actitud de Dios hacia los milagros, San Juan de la Cruz dice que los hace como forzado, muy renuente y como si le cayera como una gran imposición.

Así que Dios, las más de las veces, quisiera que procediéramos como si debiéramos goberarnos según las inmutables leyes del universo. Esto en sí va de acuerdo con la naturaleza

⁴ Cf. Isa 45:15: “De veras eres un Dios que se esconde, el Dios de Israel, ¡Salvador.”

⁵ Cf. el comentario *ad locum* de Richard J. Clifford, SJ, en el *New Jerome Biblical Commentary* (Prentice Hall, 1990).

racional que nos ha dado. Pero Dios también quiere que sepamos que siempre está con nosotros; podemos contar con Él para todo lo que necesitamos para nuestra salvación. Esto es un “dogma” de fe. Sin embargo, para nosotros los cristianos, Dios está con nosotros —“Immanuel”—en la persona de Jesucristo. Éste es quien predijo Isaías nacería de la Virgen (cf. Mt 1:22-23), y quien prometió estar con sus discípulos “siempre, hasta el fin del mundo,” Mt 28:20. En es Jesús, in su historia, pasión, muerte y resurrección, que debemos encontrar la luz con que tratar de discernir cómo obra la providencia de Dios, o, más específicamente, cómo Dios se envuelve en nuestro mundo e historia.

Las doce legiones de ángeles no vinieron a salvar a Jesús. Él tuvo que pasar por una terrible pasión. Fue la pasión de un ser humano bueno, justo, hecho de carne y hueso, víctima de fuerzas políticas y religiosas, de la envidia, odio o cualquier otra cosa que mueve a los humanos a perseguir a sus semejantes. Debido a nuestra pecaminosidad, esto es un hecho dado de nuestro estado como creaturas. Jesús nos salva, en parte, o su ejemplo (cf. 1 Pe 2:21). El camino correcto que debemos andar en esta vida es justo detrás de Jesús; cf. Mt 10:38 [*opisō mou*, “detrás de mí], y 16:23, donde Jesús, después de la primera predicción de su pasión que hace, literalmente le dice al escandalizado Pedro que se ponga “*detrás de mí.*” Este es el camino sancionado por Dios que debemos tomar. Es uno que está lleno de la presencia salvadora de Dios, simbolizada por las imágenes mesiánicas del banquete escatológico y “las obras del Mesías,” cf. Mt 11:2: sanaciones, exorcismos, dar de comer a las multitudes, levantar a los muertos. La fe obra grandes cosas, porque cree realmente que Dios puede hacer cualquier cosa. Pero nosotros debemos *primero* buscar el Reino de Dios, cf. Mt 6:33 etc., y todo lo demás que necesitamos para nuestra salvación se nos dará en añadidura (*kai tauta tanta prostetēsetai hymín* = y todas estas cosas les serán añadidas/concedidas).

Esta “añadidura” originalmente representa el maravillarse del cuidado tan excesivamente solícito que Dios tiene por nosotros: Dios es *semper maior*, siempre nos sorprenderá con su amor salvífico. Pero todo esto sólo ocurre en el contexto de nuestra condición de creaturas. demasiadas veces, esta vida hará sentir su peso sobre nosotros, y, como San Pablo, tendremos que alabar al ‘Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo que nos conforta (*verbo griego parakalēō*) en nuestras tribulaciones para que así podamos confortarnos unos a otros’. 2 Cor 1:3-11. En esta carta, el Apóstol claramente se refiere a los sufrimientos abundantes que tenemos que soportar —sufrimientos que él califica como los “de Cristo en nosotros”—para que “por Cristo” nuestro

“consuelo” o nuestro “ser consolados” también puedan abundar, y en todo esto debe tener lugar en el contexto de estrecha solidaridad humana y cristiana, en las buenas y en las malas. Pablo además nos relata que estaba tan cansado, que *desesperaba* de poder seguir viviendo. Él encontró una razón (en inglés, *purpose*) en esto: para que “*nosotros* (quizá un plural real, o apostólico, pero que nos incluye a todos nosotros) no pusiésemos la confianza en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos.” Esto de veras resume toda la doctrina paulina sobre el significado del sufrimiento y la debilidad, y, de hecho, toda la fe bíblica y teológica.

No quiero ser demasiado optimista (en inglés, *sanguine*) acerca de nuestra suerte en la tierra; siempre tengo en mente los que sufren desesperadamente, que viven en países donde hay terrible hambre y guerra. La reflexión teológica los debe tomar en cuenta, y en primer lugar, recordando esa solidaridad que el Apóstol mencionó, y que menciona en tantos lugares; cf. especialmente ese “discernimiento del Cuerpo” tan necesario en 1 Cor 11:17-34 para hacer correctamente la “comunión” con el Señor. Ésta ha sido bien interpretada como el estar conscientes y cuidar de las necesidades de los miembros sufrientes del Cuerpo de Cristo. Pero con o sin solidaridad, creo que hasta el sufriente más desesperado, si lo quiere, puede discernir la mano amorosa de Dios, aunque sea sólo al último momento, cuando la muerte es saludada como ese premio que se le dio a Lázaro, quien “automáticamente” fue recibido en el seno de Abraham por haber recibido males en esta vida. Esto, claro está, de ninguna manera minimiza el castigo que es espera a los que serán juzgados como se describe en Mt 25; el decir “Señor” no les ayudará, ni sus milagros y profecías; cf. Mt 7:21ss. El punto que quiero hacer es que Dios se muestra como un ser que ama, salva y “provee” aun a los que hemos más atrozmente dejado a un lado en esta vida. El juicio bíblico se mantiene en pie, tanto como reivindicación como como castigo.

Conclusión

“El justo vivirá por *emunah* (= fidelidad, mantenerse firme; tradicionalmente, “fe”), Hab 2:4.⁶ Encontramos nuestro camino en la tierra mediante la fe, caminando en relativa oscuridad — aunque Cristo es una gran luz, no le dejamos brillar como pudiera—y apoyándose a cada paso en Dios. En este ejercicio (casi diría, con Job 7:1 y San Agustín, “militar”), nos vamos

⁶ Cf. Rom 1:17, “El justo vivirá por la fe.”

perfeccionando, a medida que dejamos que Dios haga maravillas en nosotros. No podemos saber qué se debe atribuir al “pensamiento positivo,” al efecto salutífero sobre el cuerpo, a fuerzas paranormales que al presente sólo podemos sospechar “están ahí.” Prefiero ver a Dios detrás de todo, detrás de cada evento, pero no de manera trivial, es decir, es banal pensar que Dios te dio ese lugar donde estacionar tu auto, pero no carece de importancia el que pongamos aun esos acontecimientos tan pequeños en el contexto del cuidado providencial de Dios que todo lo abarca. (El peligro está en que nos quite la atención de los acontecimientos vitales de real importancia en los que de veras debemos tener en cuenta a Dios.)

En última instancia, lo importante es desarrollar el sentido de la presencia de Dios en nuestra vida, una presencia que se verá como un tener cuidado, amar, sanar y salvar, lo que claramente será una gran ayuda —una ayuda salvífica— en la vida. Esta actitud de fe se extenderá aun a los momentos muy difíciles, pruebas, en las que el “podar” joánico se hará sentir de manera desgarradora.⁷ Como un carmelita me dijo una vez, después de la noche oscura la luz seguramente vendrá: esta es la esencia de la fe judeo-cristiana. La luz pueda que venga sólo después de esta vida, porque ¿quién sabe lo que se experimenta en el momento de la muerte? Pero lo esencial de nuestra fe es que de hecho vendrá, que Dios prevalecerá si le dejamos. Como ha dicho la profesora Bruna Costacurta, las esperanzas de Israel, que comenzaron con anhelos materiales y pasaron por muchas purificaciones, volviéndose escatológicas y ultramundanas, fueron finalmente cumplidas, para los cristianos, en el símbolo que es una tumba vacía.⁸ Esto es un pensamiento que le agradaría a San Juan de la Cruz: sin imágenes ni muletillas en que apoyarnos, sino sólo un vacío, que sólo Dios puede llenar.

⁷ Jn 15:2.

⁸ El padre de nuestra fe, Abraham, no vio el cumplimiento de la promesa de la tierra; sólo logró comprar un pedazo de tierra para sepultar a su mujer, Gén 23.